

CONTIGO EN LA DISTANCIA

JUAN ANTONIO MUÑOZ

Periodista
Chile

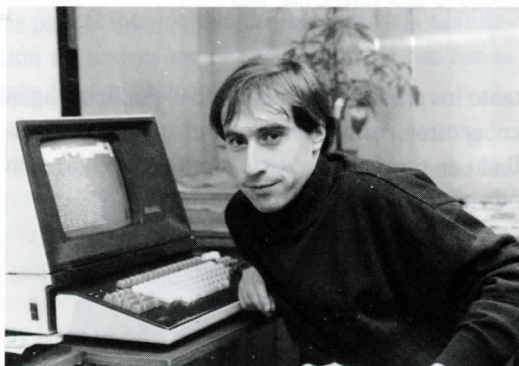
Con más de un año de intervalo, lo que más rápidamente viene a la memoria es esa sensación tan poco habitual de que en Chile sucedía algo interesante a nivel de teatro. Que muchos ojos habían vuelto a poner la vista en el país, y que otros tantos lo hacían por primera vez. Junto a ello, la movilización: del público, interesado casi siempre, y de la prensa que, con mayor o menor acierto, trató de capturar todo lo que fue este trabajo.

Fue la cima de una gestión creativa. Digo cima porque se agitaba en el ambiente un interés por la experiencia teatral nueva y los aportes que a ella podrían hacer los grupos extranjeros. Culminación también porque curiosamente, en forma previa al Festival, se percibía un empuje grande de parte de ciertos grupos chilenos: Teatro El Silencio, La Memoria, Gran Circo Teatro, La Troppa. Un arremeter con visiones más al día que decayó brutalmente en 1994, por la falta de estrenos y por la desaparición de una compañía tan importante como fue la de Andrés Pérez (Gran Circo Teatro).

El hecho es que hubo algo distinto en las calles de Santiago y, por primera vez en muchos años, el teatro fue motivo de conversación.

EL FESTIVAL Y EL FUTURO

El Festival de Teatro de las Naciones tiene una larga trayectoria internacional. Los primeros

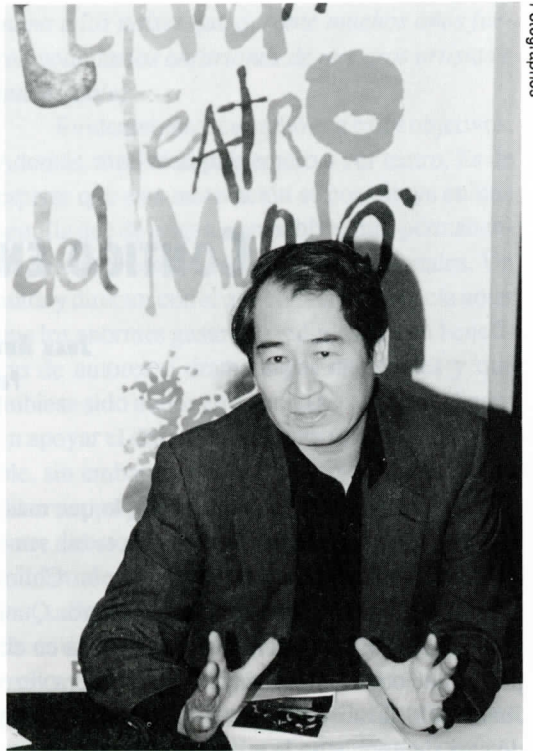


pasos se dieron en Francia, en los años veinte, pero recién se pudo concretar en la muestra organizada por el Instituto Internacional de Teatro (ITI) en 1957. En su XXIII edición, Chile fue sede: participaron 22 países con 30 obras presentadas en un período de 10 días en distintas ciudades del país.

Hay que recordar que a este tipo de encuentros llegan piezas de variada índole: adaptaciones, versiones originales, marionetas, danza-teatro y otras formas que no resisten clasificación. Por lo mismo, la calidad es muy variable.

Para un país como Chile, que por tanto tiempo estuvo alejado de los centros de avanzada, que prácticamente no vivió el desarrollo mundial de las artes escénicas (ópera, danza, teatro), es fundamental que aquello que se muestre sea reflejo del quehacer contemporáneo de nivel.

Muchas cosas quedaron lanzadas en el Festival de Teatro. Entre ellas, la necesidad de que



El director japonés Tadashi Suzuki durante una conferencia de prensa.



Dionysus, del Teatro Suzuki de Toga, Japón.

tanto los artistas chilenos como el público tengan encuentros permanentes con el trabajo desarrollado en otros países. Esto sirve tanto al aspecto nutritivo como a la autoafirmación.

DESTACADOS DE CARTELERA

Desde la perspectiva de un texto clásico, *Electra*, presentada por el Amphitheatre de Grecia, fue ejemplo de cómo hacer correctamente una obra griega. La dirección de Spyro Evangelatos mostró un teatro que funciona bien en términos convencionales: un desarrollo claro, actuaciones correctas y apego a las fuentes. Leda Tassopoulou, protagonista, se mostró dueña del espacio escénico y conmovió por el uso de su voz.

La compañía Suzuki de Toga presentó una adaptación de *Las Bacantes*, de Eurípides, bajo el título de *Dionysus*. A partir de la plasticidad japonesa y el empleo de una técnica vocal tomada del Noh, Kabuki y Kyoguen, el director Tadashi Suzuki ha creado un método que incorpora elementos del teatro contemporáneo occidental, estableciendo un interesante contraste de formas.



Partage de midi, del grupo Evora, Bélgica. En la foto: A. Legros, M. Bailly.

Confirmando la aplastante modernidad de Shakespeare, tres países trajeron sus obras. El Backa Teater de Suecia, dirigido por Eva Bergman, mostró una versión renovada (con música en vivo), de **Noche de reyes**.

Desde Inglaterra, el grupo Red Shift presentó **Macbeth** en una versión moderna despojada de brujas y apariciones. Con una escenografía protagónica de líneas simples, Jonathan Holloway quebró las convenciones de un **Macbeth** medieval.

Además, siguiendo con Shakespeare, el norteamericano Fred Curchack trajo **Stuff as dreams are made on** (basada en **La tempestad**).

Siguiendo con las grandes obras, el Teatro Evora, de Bélgica, ofreció su versión para **Partage de Midi**, de Paul Claudel. Una obra muy difícil de montar, en una puesta repleta de símbolos y sugerencias que jamás descuidó el trabajo actoral. Sin hacer concesiones, la compañía entregó una versión moderna por su capacidad de cautivar a la audiencia sólo con elementos teatrales.

Entre los experimentos que causaron un mayor interés destaca **On s'aimait trop pour se voir tour les jours**, del grupo francés Ballatum, y **El hilo de Ariadna**, del taller de Investigación de la Imagen Dramática de Colombia, un éxito de taquilla incluso después de finalizar el festival. Como bien señala el nombre del grupo, más que teatro, esto es un experimento; un experimento que apeló a los sentidos y la emotividad más primaria del público, consiguiendo su adhesión. Sin duda, un trabajo de búsqueda con proyecciones.

También hubo estrenos chilenos. Muchos. Lamentablemente, no se conoció en ese momento el **Taca Taca mon amour**, de Mauricio Celedón, que habría resultado una atractiva experiencia tanto para el público como para los invitados extranjeros. Tampoco se llegó a acuerdo con Ramón Griffero para su **Corazones 3**.

Las obras chilenas fueron demasiadas e integraron el Festival de modo tangencial. Debíó hacerse una selección, de manera que hubiera estado lo mejor que puede ofrecer el

país, en salas con medios técnicos adecuados. En arte, las medidas populistas no funcionan.

Más allá de estos comentarios al pasar, el Festival de Teatro de las Naciones demostró que iniciativas como éstas son posibles en Chile, que hay un amplio público interesado y que, mejorando algunas condiciones (la venta de entradas, por ejemplo), se pueden llevar a cabo grandes proyectos. El teatro fue, en 1993, un sujeto de interés social, y eso se debe a un trabajo bien hecho. Además, si en lo que respecta a espectáculos hubo faltas, los Eventos Especiales (charlas, conferencias, talleres), organizados por el talento de María de la Luz Hurtado, fueron la mejor instancia para el intercambio de pareceres y la asimilación de nuevas experiencias. Quizás fue ése el gran festival chileno.



Sello postal emitido en conmemoración del Festival, reproduciendo el afiche creado por Roberto Matta.